Predicación Aitor Azkarreta | Retiro Nehemías 2026

El proceso de madurez espiritual

El paso del tiempo y el envejecimiento forman parte de los procesos naturales e irreversibles de la vida. Al observar la historia de los congresos y retiros, puede apreciarse un cambio generacional: aunque los jóvenes continúan estando presentes, también es evidente el envejecimiento de quienes participaron desde los primeros años.

De la misma manera que existe un crecimiento físico a través de diferentes etapas, el crecimiento espiritual debe avanzar desde el nuevo nacimiento hacia la niñez y la adolescencia espiritual, hasta alcanzar finalmente la madurez. No se considera normal que una persona lleve muchos años en la fe y continúe necesitando los cuidados básicos propios de alguien que acaba de comenzar.

El propósito de Dios es que los creyentes alcancen la madurez espiritual necesaria para convertirse en padres espirituales, capaces de fructificar, hacer discípulos y, con el tiempo, servir como ancianos en la iglesia.

El servicio a Dios no tiene límite de edad

La Biblia presenta numerosos ejemplos de hombres y mujeres que desempeñaron un papel importante en el servicio a Dios durante su edad avanzada. Uno de ellos es Moisés, quien fue llamado para liberar al pueblo de Israel de Egipto a los 80 años. Su historia demuestra que nunca es tarde para responder al llamado de Dios.

Josué también constituye un ejemplo de perseverancia. Después de la muerte de Moisés, asumió el liderazgo de Israel y cumplió la misión de cruzar el Jordán y entrar en la tierra prometida. Josué continuó sirviendo hasta el final de su vida y murió a los 110 años.

También se destacan personajes como Samuel, Esdras, Nehemías y Ana, quienes sirvieron a Dios a lo largo de sus vidas. Del mismo modo, se exhorta a las mujeres y esposas a mantener su dedicación al Señor hasta el final de sus días.

El apóstol Pablo representa igualmente un ejemplo de perseverancia. Incluso estando encarcelado y cerca de su muerte, continuó enseñando y animando a la iglesia.

El llamado de Dios permanece vigente

El llamado de Dios no está limitado por la edad. Quienes han caminado durante muchos años con Él poseen una experiencia y una sabiduría que pueden convertirse en instrumentos de bendición para las nuevas generaciones. Su trayectoria puede ofrecer un testimonio de justicia capaz de animar a quienes vienen detrás.

El servicio a Dios no contempla una jubilación. Aunque la etapa de la vida cambie, el compromiso con el Señor debe mantenerse mientras Él conceda gracia y fuerzas. Por ello, se cuestiona la idea de que los pastores tengan que abandonar sus responsabilidades ministeriales simplemente por alcanzar determinada edad.

La forma de servir puede cambiar con el paso de los años, pero el servicio no tiene por qué terminar. Cada persona debe aceptar con humildad y sabiduría las transformaciones propias de las distintas etapas de la vida y ocupar el lugar que Dios disponga.

Fructificar durante la madurez

La madurez no debe convertirse en una etapa dedicada exclusivamente a la comodidad o al retiro. El Salmo 92 enseña que incluso en la vejez las personas pueden fructificar, mantenerse vigorosas y anunciar la rectitud del Señor.

La edad no constituye un impedimento para cumplir la misión encomendada por Dios. Por el contrario, puede ser una etapa en la que los frutos sean más maduros. Aunque con el paso del tiempo puedan disminuir las fuerzas físicas y aparecer una mayor fatiga mental, las enseñanzas recibidas permanecen guardadas en el corazón.

Aquello que Dios ha enseñado puede parecer que no tiene aplicación inmediata en determinadas circunstancias, pero permanece almacenado y puede convertirse en una fuente de agua de vida cuando llegue el momento en que sea necesario.

El llamado y el ministerio de Dios permanecen vigentes hasta el último cambio, cuando se alcance la presencia divina. Por eso, los frutos del Espíritu, como el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la mansedumbre, la templanza y la fe, deben continuar creciendo y mantenerse vigorosos con el paso de los años.

Cuidar el cuerpo para continuar sirviendo

El cuerpo es considerado templo del Espíritu Santo y, por ello, debe ser cuidado y preservado para el servicio a Dios. Las limitaciones físicas, las enfermedades o las dificultades que pueden aparecer con los años no significan necesariamente el final del servicio al Señor.

Aunque las fuerzas puedan disminuir, existen diferentes maneras de continuar sirviendo, confiando en el sostén y la

gracia de Dios. Isaías 46:4 establece que Dios sostiene a las personas incluso en la vejez y hasta que aparecen las canas, mostrando que Él acompaña y guía en cada etapa de la vida.

Por esta razón, aunque la forma del servicio pueda transformarse, este no debe terminar.

Josué, un ejemplo de formación y perseverancia

La trayectoria de Josué muestra un proceso de transformación y madurez. Pasó de vivir la esclavitud en Egipto a convertirse en guerrero y, finalmente, en líder del pueblo de Israel. Su experiencia de liberación, el cruce del Mar Rojo y la supervivencia a las plagas se presentan como una imagen de la liberación espiritual de la esclavitud del pecado y del mundo.

Durante su juventud en el desierto, Josué destacó principalmente como guerrero y comandante militar. En la batalla de Refidim se observa cómo su labor física se complementaba con la oración de Moisés. Mientras Josué combatía, Moisés sostenía sus brazos en alto, mostrando que la oración era fundamental para el ministerio.

La experiencia de Moisés y Josué también refleja cómo pueden complementarse diferentes generaciones. El joven Josué tenía las fuerzas necesarias para combatir físicamente, mientras que Moisés, debido a su edad avanzada, desempeñaba una labor fundamental mediante la oración.

Una vida de servicio desde la juventud

También se relata una experiencia de servicio iniciada a los 23 o 24 años, cuando se recibió la instrucción de trasladarse desde el norte de España hasta Algeciras para abrir una nueva

obra.

El comienzo de aquel proyecto se realizó con recursos muy limitados. Se contaba con un Renault 12 amarillo, una pequeña cantidad de dinero y el acompañamiento de Fidel, Gero y Antonio. En aquella época, el sustento dependía incluso de excedentes de alimentos, como cajas de carne y cartones de leche, además de unas 25.000 pesetas para cubrir las necesidades básicas.

En otra experiencia de juventud, ante la posibilidad de recibir un piso vacío proporcionado por un pastor, se aceptó el traslado a La Bajadilla, en Algeciras, sin dudarlo. Aquella zona era descrita como un lugar difícil, una calle cuesta abajo donde se vendía droga, lo que representó un desafío importante durante aquella etapa.

Después llegaron otros traslados, entre ellos a Valladolid, manteniendo siempre el fervor del primer amor y la juventud espiritual.

Josué y el legado de una vida fiel

Josué no llegó al liderazgo de manera repentina. Sirvió con fidelidad en el tabernáculo y fue uno de los doce espías enviados a reconocer la tierra prometida. Junto con Caleb, presentó un informe de fe positivo y mantuvo una postura de confianza frente a los gigantes y las dificultades que habían desanimado al resto del pueblo.

Después de la muerte de Moisés, Dios llamó a Josué para que asumiera el liderazgo de Israel y cumpliera la promesa de conquistar Canaán. Su liderazgo fue el resultado de cuatro décadas de servicio, discipulado y formación bajo la guía de Moisés.

Bajo el mandato de esforzarse y ser valiente, Josué cruzó el Jordán, supervisó el reparto de la tierra entre las doce

tribus de Israel y estableció ciudades de refugio. Su vida muestra cómo la formación y la fidelidad desarrolladas durante muchos años pueden preparar a una persona para responsabilidades mayores.

A los 110 años, Josué pronunció su último discurso y reafirmó su compromiso de servir al Señor junto con su casa. También llamó al pueblo a elegir entre Dios y los dioses ajenos. La expresión «mi casa» no se limitaba únicamente a su esposa e hijos, sino que abarcaba al pueblo de Israel y a la comunidad como casa de Dios.

La vejez como corona de honra

Las diferentes etapas de la vida permiten examinarse a uno mismo y asumir los cambios con sabiduría y humildad. Incluso cuando la manera de servir debe transformarse, es necesario conservar un espíritu de crecimiento.

Proverbios 16:31 establece que la vejez es una corona de honra cuando se encuentra en el camino de la justicia. Esto significa que la honra no procede simplemente de alcanzar una determinada edad, sino de haber vivido con rectitud.

La corona representa reconocimiento, autoridad, realeza, honra y dignidad. Estos elementos se manifiestan al caminar en justicia y mantener un testimonio fiel a pesar de las crisis y las situaciones personales que puedan surgir.

Las personas mayores pueden ser respetadas por la experiencia acumulada después de tantos años caminando con Dios. Esa experiencia aporta conocimientos intelectuales y espirituales, mientras que la madurez se manifiesta mediante la paciencia, la perseverancia, el discernimiento y un testimonio capaz de inspirar a otros.

Servir en la vejez puede significar orar, aconsejar con sabiduría y permanecer fiel según las fuerzas que Dios

conceda. La corona de honra no es automática por el hecho de envejecer, sino que corresponde a quienes viven con integridad, aman y temen a Dios, aman al prójimo y permanecen fieles hasta el final.

Concluir la carrera con fidelidad

La meta de la vida no consiste simplemente en alcanzar la vejez, sino en concluir la carrera con fidelidad. El apóstol Pablo expresó esta realidad al afirmar que había peleado la buena batalla, terminado la carrera y guardado la fe.

Cada etapa de la vida tiene un propósito y una manera particular de servir. Las fuerzas pueden cambiar, las responsabilidades pueden transformarse y la forma de trabajar puede ser diferente, pero el llamado de Dios permanece.

El deseo final es recibir la gracia de Dios para servirle hasta el último aliento y utilizar toda la vida para glorificarlo.